

moda, «Dr. Munthe, Avenue de Villiers». Las mujeres que se creen enfermas. Los trucos medicales, porque Munthe es el primero que se ríe, a ratos, de su propia profesión, inventando enfermedades para regocijo de histéricas. Una partida a Laponia, donde lo llama una enfermedad pegadiza que diezma a la gente. Un retorno a Nápoles, para combatir, heroicamente, la peste que se enseñorea de la ciudad. Rusia, Londres, Europa entera. Y en todo ello, las anécdotas, los hechos curiosos, la vida vibrante, frenética a ratos, tranquila a veces, siempre luminosa y absorbente. Y al final, Capri, donde Munthe vive, feliz, en San Michele.

El título, caprichoso si se quiere, encierra el designio total de la obra. El ideal que llega tras el sacrificio y el trabajo. Y éstos, hechos con gozo y felicidad, soñando en el resumen. «The Story of San Michele», de Axel Munthe, es un libro perfecto, humanamente perfecto, sin monotonía de cánones, y que tiene buenas calidades de novela, de biografía, de historia y de drama, reunidas como muy contadas veces las encuentra el lector en publicaciones impresas.

Pantalla

□ Desde «Nanouk», el nombre de Flaherty no se había podido olvidar. Ahora se refresca la memoria con «El Hombre de Aran». Un film sin argumento, que diría mi vecina, la mujer de mi vecino. Pero maravilloso. Hasta el punto de verlo tres, cuatro veces, sólo por ese mar que combate a la tierra, por esa espuma que salpica la cámara del operador, por esa barca que sorteja temporales, por ese tiburón que se ve entre dos aguas, por los equilibrios del niño pescador al borde del acantilado y por esa vida primitiva, verdadera, fuerte, trabajadora y estupefacta de la familia de pescadores. Cada fotografía de «The man of Aran» es una muestra aprovechable para los ojos. Da pena y fastidio de que desfilen tan pronto. Se vuelve a ver la película

por encontrar de nuevo, con tensión de vista, aquel detalle que se pasó cuando no había sido gozado del todo, el lomo de aquella ola que llegó demasiado pronto a la costa.

□ De otro género, pero digna de mención, es «La familia de los Barret». Miss Ba, su encuentro con Robert Browning, la vida familiar de aquella época de iniciación victoriana, la dulzura de Norma Shearer, tan en su papel, a pesar de estar un poco demasiado joven para ajustarse del todo a la historia, que no importa tanto como para exigirlo. Y Charles Laughon, en el rol de Barret, padre, completo. Este personaje, tan real, tan repetido, con un detalle de más o de menos, ha de preocupar más de la cuenta, o lo suficiente, a muchos que hayan ido a ver a los Barret por el gusto de ir al cinema y de pasar el rato.

□ Se vuelve al folletín. Ahí está «El Conde de Montecristo». Si Dumas hubiera visto este *Conde* en celuloide, hubiera podido indignarse, saltar de su asiento y, quizás, sacar una nueva novela de la suya propia, después de pasada por manos de un director de cinematógrafo. Pero, a pesar de todo ello, entretenido, interesante, este cuadro novelesco. Ahí están «Los Miserables» y «Waterloo». Y acompañando al folletín, en ese renacer de las épocas, tan inevitable como sabroso, la opereta, con «La Créole», interpretada por Josephine Baker y «La Vie Parisienne» y, más reciente, aunque tan alejada, «La Viuda Alegre», cuyos valeses, pesia a los «snobs» y postureros, no han pasado y cuya interpretación—que esperamos para pronto—por Maurice Chevalier, será seguramente graciosa y agradable, pesia a los turulatos de técnica alemana, que no quieren darse cuenta de que este cómico, con toda su bufonería, es un cómico excelente. No importa que sea siempre Chevalier, en todos sus papeles ¿Acaso Lionel Barrymore no parece estar siempre en el día siguiente de una juerga, a su edad? ¿Acaso es menos buen actor por hablar siempre como un hombre a quien han hecho levantarse demasiado pronto, contra su voluntad?